



RESUMEN DE LA REVOLUCIÓN URUGUAYA Y DE LAS GUERRAS DE ARTIGAS

I

ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN URUGUAYA

EL URUGUAY A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

El territorio comprendido entre el Océano Atlántico y el Río Uruguay, de Este a Oeste, y entre el actual Estado brasileño de Río Grande y el Río de la Plata, de Norte a Sur, era a principios del siglo XIX dominio de los reyes de España, a cuyo servicio se hallaban los marinos y conquistadores que, tres siglos antes, lo descubrieron y exploraron, disputándolo a sus poseedores primitivos. Formaban éstos distintas variedades de la raza a que se ha dado la denominación de *americana*, por ser indígena de este Continente, o de *cobrizo*, por el color propio de su piel.

La población del territorio uruguayo no pasaba, hacia el año 1800, de 40.000 habitantes, distribuidos entre una ciudad humilde, algunos villorrios y aldeas, y la vasta campiña, sin señal de civilización. Hasta unos setenta años antes de esa fecha, poco se habían preocupado los españoles de poblar y civilizar el Uruguay. Sólo había sido éste, aban-

donado a la naturaleza, un pastizal inmenso, donde se reproducían, con portentosa fecundidad, a favor de la riqueza de la tierra, el ganado caballar y el vacuno, introducidos, a principios del siglo XVIII, por Hernandarias de Saavedra, gobernador del Paraguay y del Río de la Plata. De la opuesta margen de este río venían los *faeneros*, o trabajadores dedicados a la matanza de ganado, con cuyo cuero comerciaban; y sin más trabajo que el de apoderarse de aquellos animales sin dueño, que pacían en número infinito, levantaban enormes cantidades de cueros. Tal era la abundancia de ganado en los campos del Uruguay, por el año 1700, que el precio de un toro o de una vaca era de dos reales, de un real el de un caballo, y de medio real el de una yegua.

Al Norte del territorio uruguayo empezaban los dominios coloniales de Portugal, que se dividía con España el continente sudamericano, según límites nunca muy precisamente definidos. El abandono en que España tenía este

El Libro de la América Latina

territorio, y la utilidad que podría sacarse de sus puertos naturales, habilitándolos para el comercio, tentaron a los portugueses a apoderarse de la margen oriental del Río de la Plata. En 1680 desembarcaron frente a Buenos Aires y fundaron la Colonia del Sacramento. Tomada inmediatamente esta ciudad por fuerzas españolas, fué restituida a los portugueses, en virtud de un tratado, en 1681. Veinticuatro años después, vuelven a ocuparla por las armas los españoles, pero en 1713 la recupera nuevamente Portugal por otro tratado, y esta vez, no satisfechos los portugueses con la posesión de la Colonia, dieron muestras de querer extenderse por la margen del río, intentando ocupar la península donde había de fundarse la ciudad de Montevideo.

En presencia de esta amenaza de expansión, los españoles, que hasta entonces sólo habían levantado en el Uruguay fortines militares y reducciones de indígenas, comprendieron la necesidad de establecer un centro de población más fuerte y capaz. En 1726, el brigadier Don Bruno Mauricio Zabala, gobernador de Buenos Aires, después de expulsar a los portugueses adueñados de la península de Montevideo, echaba los cimientos de la ciudad de este nombre, destinada a ser el núcleo de la civilización del Uruguay y, con la independencia, su capital política. La Colonia fué definitivamente devuelta al dominio español en 1777, ganando en cambio Portugal una extensa zona en Río Grande, que dejó considerablemente mermados, por el Norte, los límites del territorio oriental.

A la fundación de Montevideo siguió, en el transcurso del siglo XVIII, la de otras poblaciones, que, durante el régimen colonial, no excedieron de aldeas: Mercedes, Paysandú, y el Salto, sobre el Uruguay; Guadalupe, Las Piedras, Pando, Santa Lucía, y San José, en las cercanías de Montevideo; Maldonado, San Carlos, Rochas, Minas y Melo, hacia el Este. Mientras estas primeras construcciones humanas in-

terrumpían, aunque a trechos enormes, la soledad del desierto, el ganado hasta entonces salvaje y sin otro propietario que quien quiera que llegara a él, era repartido en *estancias* o establecimientos de pastoreo, de propiedad de particulares. En los alrededores de las poblaciones se labraba la tierra, cultivándose, para el consumo local, el trigo y el maíz, las hortalizas y los árboles frutales, de donde se originaron las *chacras* y las quintas.

La absurda prohibición de comercio con las naciones extranjeras, que España hacía pesar sobre los pueblos americanos, estimuló a los portugueses, mientras estuvieron en posesión de la Colonia, para concentrar en este puerto un activísimo comercio de contrabando, que les permitía introducir en Buenos Aires las mercancías que llegaban en buques procedentes de todas partes de Europa, exportando en cambio las riquezas de nuestra ganadería. En nuestras costas del Atlántico eran frecuentes, a mediados del siglo XVIII, las incursiones de piratas franceses, ingleses o daneses, que acopiaban inmensas cantidades de cueros, burlando las trabas del monopolio español.

Ciertas concesiones del rey Carlos III en el sentido de una relativa libertad económica, desde 1778, hicieron que tomara alguna importancia el comercio legal de los productos ganaderos, aplicado especialmente al corambre, y aún a las carnes saladas, género de industria que ya era ensayado en Montevideo al mediar el siglo XVIII. En las islas y costas de Maldonado, fueron, en los últimos años del mismo siglo, fuente de gran actividad comercial, la matanza de lobos marinos y la pesca de la ballena, que empezaron por ser privilegio de una *Compañía Marítima* española, y luego se permitieron también, aunque durante poco tiempo, a pescadores y colonos ingleses.

ORGANIZACIÓN COLONIAL

Regía en España la monarquía absoluta: el Rey era el soberano señor del pueblo; ningún límite se oponía a su

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

voluntad. Las libertades que en un tiempo la limitaban, habían desaparecido. Su autoridad omnímoda se extendía lo mismo a España que a América. América no era propiedad de España, sino del Rey, que había recibido en herencia de sus antecesores uno y otro dominio.

Pero por más que la autoridad del Rey fuera ilimitada, claro está que él necesitaba auxiliarse, para ejercer el gobierno, de funcionarios y corporaciones que le asesorasen o que ejecutaran sus órdenes, máxime tratándose de tierras alejadas por millares de leguas de la corte del monarca.

Había, en primer lugar, en Madrid, un *Consejo de Indias*, formado por personas conocedoras de América y experimentadas en los asuntos que la concernían. Era este Consejo una especie de cuerpo legislativo y de supremo tribunal de justicia, encargado de proponer al Rey las leyes que habían de regir en las colonias, las sentencias definitivas en los asuntos judiciales que venían apelados de América, y los nombramientos de los principales dignatarios civiles y eclesiásticos.

Se estableció, además, en Sevilla (de donde luego fué traspuesta a Cádiz) la llamada *Casa de Contratación*, tribunal que administraba todo lo relativo a la navegación y comercio con las Indias, fiscalizando la salida y entrada de las embarcaciones que cruzaban el Océano y resolviendo los litigios originados entre los particulares por ese intercambio mercantil.

Complemento de la *Casa de Contratación* era el *Consulado de Indias*, establecido también, sucesivamente, en Sevilla y en Cádiz, y que tenía por objeto entender en las causas de los cargadores, o mercaderes que cargaban para América.

Cada uno de los virreinos en que se dividía la América española, tenía a su frente un *Virrey*, denominado así porque representaba al Rey y hasta cierto punto le suplía, desempeñando el gobierno, con gran latitud de atribuciones y con honores casi reales, y ejerciendo además

el mando militar supremo de mar y tierra.

Subdividiéndose los virreinos en provincias, cada una de éstas era directamente administrada por un *Intendente* o un *Gobernador*, que tenían, en más reducidos límites de territorio y de autoridad, atribuciones análogas a las del Virrey de quien dependían. En las provincias regidas por Intendentes, había gobernadores de distrito, que estaban subordinados a aquéllos. Los Intendentes y los gobernadores de provincia llevaban, además, por sus cometidos de guerra, el título de *Capitanes generales*.

Los Virreyes, intendentes y gobernadores desempeñaban funciones principalmente políticas, administrativas y militares, aunque también tuviesen ingerencia en otras de orden judicial. Pero para las funciones de este orden había instituciones aparte, siendo las de mayor rango entre ellas las *Reales Audiencias*, que constituían altos tribunales de apelación, establecidos en la capital de cada Virreinato y en otras ciudades importantes. Las Reales Audiencias tenían la facultad de suplir al Virrey o gobernador, cuando éste moría o dejaba por cualquier causa su puesto, mientras el monarca no le designase sucesor.

A imitación del Consulado de Indias fundóse en las cabezas de virreinato un *Consulado*, o tribunal elegido por los comerciantes, que se ocupaba en conciliar las diferencias surgidas entre ellos con motivos de sus negocios, y en procurar el fomento del comercio y de la industria.

En las poblaciones formadas con indígenas reducidos, había un *Corregidor*, nombrado por el Rey para dirigir el trabajo de los indios y resolver las discordias que tuvieran entre sí o con los españoles.

Pero la más interesante de las instituciones coloniales era, sin duda, la de los *Cabildos*. Llamábase así a las juntas que había constituídas en las ciudades, villas y lugares, para velar por el bien común del vecindario, organizar la policía, cuidar del aseo y arreglo de los

El Libro de la América Latina

sitios públicos, fijar el precio de los comestibles, proteger a los pobres y a los menores de edad, convocar las milicias, fiscalizar el pago de los impuestos y resolver, en primera instancia, los juicios civiles y criminales. Era ésta una institución esencialmente popular, porque se fundaba en el interés de todos y obraba con autonomía, poniendo cierto límite al poder arbitrario de virreyes y gobernadores. Lo era, además, porque de ella podían formar parte los criollos, excluidos de otras funciones de gobierno, y porque en la elección del Cabildo no intervenía sino el propio vecindario: al clausurar anualmente sus tareas, los cabildantes que salían designaban a sus sucesores, turnándose de este modo las personas más aptas y conspicuas de la población.

España transmitió a sus colonias, en la institución de sus cabildos, un resto de sus viejas libertades municipales, que para ella misma habían disminuído con el régimen de los reyes absolutos; y ese don, aunque escaso, no fué inútil como antecedente de la emancipación americana. Participando en la gestión de los cabildos fué como se habituaron los criollos a interesarse en los negocios públicos, y empezaron a formar espíritu cívico. Por otra parte, el procedimiento enteramente democrático del *cabildo abierto*, que consistía en admitir al pueblo todo a deliberar y votar en circunstancias extraordinarias, proporcionó, llegada la hora oportuna, la forma legal de los primeros esfuerzos del pueblo americano para obtener la libertad política. La revolución de la Independencia fué un resultado del *cabildo abierto*.

ORGANIZACIÓN COLONIAL EN EL URUGUAY

Las tierras del Río de la Plata formaron parte, desde su descubrimiento hasta 1776, del virreinato del Perú. Durante el siglo XVI y parte del XVII, estuvieron subordinadas, dentro de ese virreinato, a la gobernación del Paraguay. En 1618 se hizo de ellas una gobernación distinta, con la ciudad de Buenos Aires por cabeza.

La Banda Oriental del Uruguay, que sólo tuvo centros de población y autoridades estables con posterioridad a 1618, los adquirió, pues, siendo territorio de la gobernación de Buenos Aires. El primero de aquellos centros en antigüedad, la reducción indígena de Santo Domingo de Soriano, fué puesta, como toda población de ese orden, bajo el gobierno de un Corregidor. Abandonada, y reconstruída en otro punto, a principios del siglo XVIII, completó sus autoridades con un Cabildo y un Comandante militar.

Las poblaciones que se fundaron luego: la Colonia, en sus períodos de ocupación española; Montevideo y Maldonado, organizaron también Cabildos y tuvieron Comandantes militares. Pero a medida que Montevideo crecía en importancia, y dejaba de ser, simplemente, el recinto de una fortaleza, hallaba más duro de soportar el gobierno de aquellos rudos comandantes, y el amor propio local reclamaba una autoridad de mayor rango. El Cabildo de Montevideo solicitó y obtuvo del Rey Fernando VI, en 1749, que se diese a la ciudad un Gobernador, dependiente de Buenos Aires, pero nombrado directamente por el rey.

Cuando, veintisiete años más tarde, fué creado el Virreinato del Río de la Plata, y se le subdividió en intendencias, la Gobernación de Montevideo quedó comprendida dentro de la intendencia de Buenos Aires.

La policía de los vastos y desiertos campos uruguayos era imposible de hacer regularmente. En los primeros años de la fundación de Montevideo apenas si uno de los miembros del Cabildo, denominado *Alcalde de la Santa Hermandad*, solía recorrer, con un puñado de hombres, los parajes vecinos. Luego, en 1772, a fin de facilitar la policía en la parte más poblada del territorio, que era la más contigua a Montevideo, el gobernador don José Joaquín de Viana dividió los contornos de la ciudad, comprendiendo el actual departamento de Canelones y parte del de San José, en ocho *pagos* o distritos, y puso cada uno de ellos bajo la juris-

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

dicción de un *Juez comisionado*, que mantuviera el orden y dirimiese las querellas entre los vecinos. Para sosegar las campañas del Norte del Río Negro, infestadas de malhechores, contrabandistas e indios bravos, fundóse en tiempo del Gobernador Bustamante y Guerra (1797) el *Cuerpo de Blaudengues*, donde hizo Artigas sus primeras armas.

La división del país en departamentos no empezó hasta después de la dominación española, en 1816.

MONTVIDEO

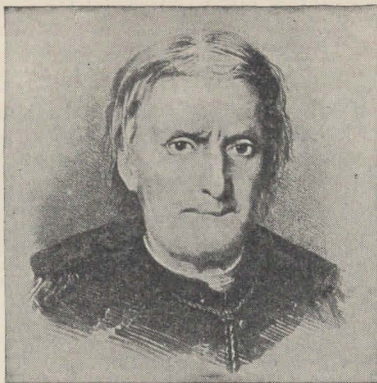
Montevideo era a principios del siglo XIX, una pequeña ciudad fortificada, que ocupaba una parte de la península donde hoy sólo se contienen sus más antiguos barrios. No excedía su población, comprendiendo la de su egido, de 15.000 habitantes. La edificación particular era modesta: de casas, en su mayoría, de un solo piso; con techos de teja las de más añosa construcción, y las más nuevas, de azotea. Descollaban, como edificios públicos, la Iglesia Matriz, uno de los más bellos templos erigidos en América por los españoles, y el **Cabildo**, no terminado, severa y elegante casa de piedra. El Fuerte de San José se levantaba a un extremo de la península, sobre la bahía que daba a la ciudad su puerto natural, y en el opuesto extremo cerraba el recinto en la plaza la majestuosa Ciudadela, cuyo portón abría paso para el agreste despoblado que precedía a las quintas y huertas de los alrededores.

El ambiente de la ciudad, como en general el de las colonias españolas, era de sosiego y atraso. La cultura tenía muy escasos medios de adquirirse y propagarse. No hubo

imprenta hasta la ocupación de la plaza por las armas inglesas. Las escuelas primarias, antes de 1809, eran sólo tres: dos de varones; una de ellas dirigida por los padres franciscanos, y por un laico la otra, pero ambas pagas por los alumnos y, en consecuencia, fuera del alcance de los menesterosos; y una gratuita de niñas, que fundó, en 1795, doña María Clara Zabala de Vidal, poniéndola bajo la dirección de las Hermanas Dominicas. En 1809 el Cabildo creó la primera escuela gratuita de varones.

No existiendo aulas superiores en Montevideo, los hijos de familias acomodadas que desearan seguir estudios debían ser enviados al Colegio de San Carlos, de Buenos Aires, o a las universidades de Córdoba o Chuquisaca, cuando no a las de la metrópoli. La monótona vida de la ciudad no ofrecía otra diversión, capaz de ser estímulo de cultura, que la Casa de Comedias, única rival que disputaba los favores del público a la Plaza de Toros. Los libros venían de España en escaso número, y su

demanda no era suficiente para que se estableciese en tienda aparte el comercio de librería. Pero a pesar de todos los obstáculos, había llegado a formarse en Montevideo un núcleo de personas de



José Manuel Pérez Castellanos—Ilustre agrónomo y bibliófilo uruguayo.



Francisco Acuña de Figueroa—Insigne poeta uruguayo.

El Libro de la América Latina

instrucción más que mediana, y algunas de ellas eminentes por el talento y la ilustración; así, el naturalista don Dámaso Larrañaga, sabio investigador de la fauna y la flora indígenas; don José Manuel Pérez Castellanos, agrónomo y bibliófilo; don Francisco Acuña de Figueroa, poeta de cultura clásica; y hombres doctos en derecho, como don Nicolás Herrera, don Lucas José Obes, don Miguel Barreiro, y otros que figuraron luego con brillo en el gobierno, los congresos y la diplomacia. La orden de San Francisco contaba en su seno frailes ilustrados y de tendencias liberales, que se adhirieron casi todos a la causa de la Independencia.

El tono de la vida social, en las familias de arraigo, era, según testimonio unánime de los viajeros, de refinada urbanidad y cortesía. La disposición de la clase rica para con los pobres se caracterizaba por lo habitual y frecuente de las obras de caridad, personificándose, en esta parte, el espíritu de la aristocracia criolla, en la venerable figura de don Francisco Antonio Maciel, fundador del Hospital abierto en 1788, y autor de otras iniciativas benéficas.

Había en Montevideo y en las *chacras* de su egido, de tres a cuatro mil negros esclavos, cuya introducción empezó al mediar el siglo XVIII, ya directamente importados de las costas del África, ya de Buenos Aires y el Brasil. Se les ocupaba en los servicios domésticos y en el cultivo de la tierra; y dentro del rigor inseparable de la afrentosa institución de la esclavitud, eran tratados con relativa humanidad. Resultó de este nuevo factor de población la mezcla de la sangre africana con la de la plebe criolla, pero no en proporción suficiente para alterar de modo sensible la pureza del tipo popular.

Montevideo había formado un intenso sentimiento de amor propio colectivo, que se manifestaba singularmente en la rivalidad y emulación que mantenía con Buenos Aires. Hubo, desde los orígenes de Montevideo, entre las dos ciudades del Plata, una competencia económica destinada a convertirse fatal-

mente en principio de separación política. Buenos Aires aspiraba a ser puerto único del Virreinato. Miró con desabrimiento la fundación de la nueva ciudad, situada sobre aguas más hondas y más cercanas a la entrada del río. Se opuso luego a todas las mejoras y franquicias que Montevideo solicitaba del Rey, para facilitar su desenvolvimiento comercial. Apenas establecido, en 1794, el Consulado de Buenos Aires, trató éste de obtener que se habilitase exclusivamente a la Ensenada de Barragán para el arribo de los buques mercantes que daban vida al puerto de Montevideo. Esa oposición de intereses despertó en los montevidianos el deseo de que se constituyera en su ciudad un Consulado aparte del de Buenos Aires, y a este fin trabajaban durante los últimos años de la dominación española.

LOS GAUCHOS

Corriendo la segunda mitad del siglo XVIII, empezó a formarse en las agrestes campiñas uruguayas una población de tipo original, proveniente de los prófugos y aventureros que abandonaban la vida de la ciudad, ya por temor a la justicia, ya por espontánea afición a la libertad y la vagancia.

Esta población campesina adquirió pronto caracteres comunes y costumbres peculiares. Los vagabundos de que se componía recibieron de las gentes de la ciudad el nombre de *gauchos*. El complemento, la segunda naturaleza del *gaucho*, era el caballo que domaba para su uso y del que no se separaba jamás. Nómade como era, necesitaba, ante todo, del caballo. Cazaba, para alimentarse, el ganado silvestre, valiéndose del *lazo* y de las *boleadoras*, con los que aprisionaba y derribaba a la res. No conocía otra habitación que el *rancho* de paredes de barro y techo de paja o de totora, en que pasaba sus primeros años, antes de lanzarse a su vida de aventuras.

Su traje consistía en el *poncho*, capote sin mangas, que cubre el cuerpo hasta las rodillas; el *chiripá*, especie de pantalón improvisado con una pieza de género que se sujeta a la cintura por el

TIPOS DE GAUCHOS URUGUAYOS



GRUPO DE GAUCHOS EN UN RANCHO (CUADRO DE BLANES)



GAUCHO TOMANDO MATE

El Libro de la América Latina

tirador; el calzoncillo *cribado*; las botas de cuero de potro; el pañuelo prendido al cuello. En el tirador llevaba el *facón* o daga, para cuyo manejo era habilísimo.

Bravo, peleador, independiente, el gaucho no carecía, por otra parte, de afectos que suavizasen su indómita naturaleza. Tenía sentimiento poético, aunque enteramente inculto; y acompañándose de la guitarra, inventaba o repetía coplas de tema ya amoroso, ya heroico, donde solían asomar rasgos de inspiración y de belleza. A los especialmente dotados para componer o cantar, al son de aquel instrumento, esa espontánea poesía, se les llamaba *payadores*, y a menudo dos de entre ellos se desafiaban a improvisar alternativamente, como en un certamen poético, diciéndose entonces que *cantaban de contrapunto*.

El juego era una de las pasiones dominantes del gaucho. Las carreras de caballos, los naipes y la taba consumían gran parte de su tiempo. El único centro de reunión en las vastas campañas semidesiertas era la *pulpería*, o casa de comercio al menudeo, donde se congregaban los gauchos de las intermediaciones, a jugar y a beber.

Por su gran sentimiento de libertad y de altivez, su valor y destreza en la pelea y su absoluto dominio del terreno, el gaucho había de ser actor importantísimo en las próximas guerras por la independencia, a las que contribuyó con espontaneidad y abnegación, dando soldados a los rudos y heroicos ejércitos de Artigas.

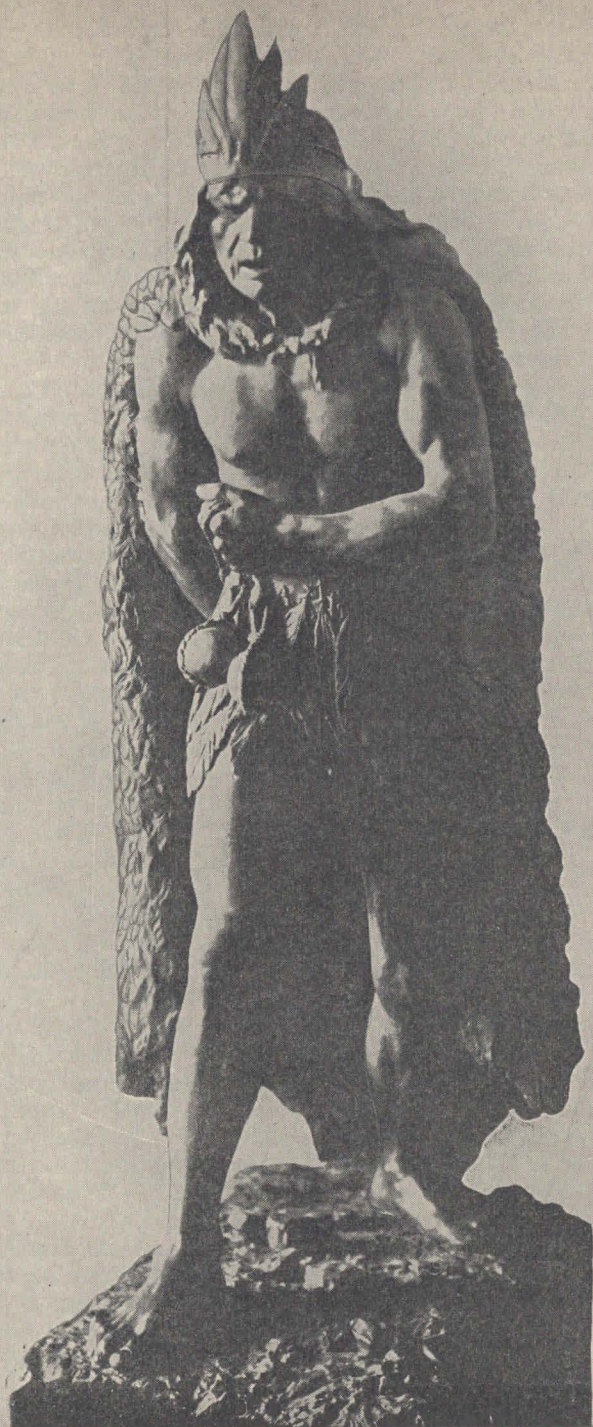
LOS INDIOS

Los primitivos habitantes del Uruguay, repartidos en tribus, de las cuales la más numerosa y característica era la *charrúa*, acaso también la más altiva y brava de América, subsistían después de la ocupación del territorio por los españoles, pero tendiendo a desaparecer, debido a la mortandad de la continua guerra, a la expulsión hacia regiones más apartadas, y a la mezcla de su sangre con la de la raza conquistadora.

Dos fueron los medios de que los

españoles usaron para someter a los indígenas: la sujeción por la fuerza y por el exterminio, y la seducción pacífica por la influencia de la religión. Hasta principios del siglo XVIII sólo emplearon el primero, y aquellas tribus indómitas quedaron despedazadas en una lucha desigual, que, sin embargo, costó a España, al decir de uno de sus historiadores, más raudales de sangre que la conquista de los vastos imperios de México y del Perú. Después de alborear el siglo XIX, los charrúas, expulsados hacia la parte septentrional del territorio, continuaban siendo una amenaza para los habitantes de los campos y de las pequeñas poblaciones, con sus asaltos y saqueos. Habían aprendido del conquistador el uso del caballo, y lo dominaban a maravilla, hallando en él un elemento indispensable para la perpetua correría a que les obligaba su nueva condición de intrusos, en la tierra que había sido suya.

La reducción pacífica, iniciada de 1619 a 1624, por misioneros franciscanos enviados de Buenos Aires, entre los que descuella el ilustre Bernardo de Guzmán, sólo obtuvo resultados sobre tribus menos belicosas y hurañas, como los *chanaes* y los *yaros*, que habitaban en las islas del Uruguay y en la margen oriental de este río, desde el Negro hasta el de la Plata. Allí se fundaron reducciones, donde se instruyó, a los indígenas cristianizados, en el cultivo de la tierra; pero la duración de casi todas ellas fué precaria. Muy superior importancia y permanencia adquirieron las fundadas, a ambas márgenes del Alto Uruguay, por los jesuitas, con los indios *guaraníes*, a quienes organizaron dentro de un régimen comunal y teocrático, que duró hasta la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios del rey de España, en 1767. Eliminado este régimen, subsistieron aquellas poblaciones, pero en decadencia. De ellas, las situadas a la margen izquierda del Uruguay, y denominadas *Misiones Orientales*, fueron parte del imperio español e integraron el territorio orien-



INDIO URUGUAYO

1745

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MESTROS

El Libro de la América Latina

tal, hasta 1801, en que los portugueses las arrebataron, hallándose en guerra con España. Pero cuando, producida nuestra emancipación de la metrópoli, Artigas quiso hacer del Uruguay una provincia autónoma en la confederación del Río de la Plata, cuidó de incluir las Misiones Orientales dentro de los límites que debería reivindicar la Provincia. Los pueblos de esas Misiones fueron teatros de memorables episodios en las guerras de nuestra independencia, y de ellos vinieron, más de una vez, milicias indígenas a pelear y morir por la libertad del suelo que no diferenciaban del suyo.

La mezcla de la sangre india con la española, fué mucho menos frecuente en el Uruguay que en otras regiones de América, donde la mayoría de la población, aun en los centros urbanos, llegó a ser de mestizos; pero no por eso dejaban éstos de abundar entre los gauchos y peones de nuestros campos.

Por lo demás, la extrema barbarie de las primitivas tribus uruguayas, y el apartamiento selvático en que la más importante de ellas se mantuvo respecto de todo centro de civilización, hicieron que las tradiciones indígenas y el espíritu de la raza vencida, con sus agravios y sus sueños de desquite, no fuesen aquí como en otras partes del Nuevo Mundo, fuerzas que contribuyeran a la formación del sentimiento revolucionario.

ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN AMERICANA

A medida que estas colonias se desenvolvían y aumentaban en población, cultura y riqueza, hacíaseles más difícil de sobrellevar la dominación de la metrópoli, y adquirían un sentimiento más claro de que les sería posible gobernarse por sí mismas. Como el hombre que, al dejar de ser niño y tener capacidad para guiarse por su propia voluntad, se desprende de la sujeción a sus padres, así los pueblos americanos sentían acercarse la hora en que darían por terminada la niñez y aspirarían a ser *hombres*.

El despótico rigor de la dominación

colonial volvía más apremiante ese deseo de emancipación. Los criollos u originarios de América, lejos de disfrutar de preferencia alguna en la tierra donde habían nacido, estaban en condiciones de inferioridad respecto de los españoles: se les posponía en los empleos civiles, en los grados militares y en la misma consideración social. Esto mortificaba el natural orgullo de los criollos, y arraigaba en su espíritu la persuasión de que eran víctimas de una injusticia. Por otra parte, ellos veían que el desenvolvimiento material de estos pueblos resultaba enormemente perjudicado con el aislamiento comercial a que los condenaba la metrópoli. América no era dueña de comerciar sino con España: España era la única que podía surtir a las colonias de mercaderías, y la única también a donde era lícito exportar los productos naturales de las colonias. Éstas no podían cambiar sus productos entre sí, sino por intermedio de los puertos españoles. Aunque en los últimos tiempos coloniales algo se había moderado la rigidez de aquel sistema despótico y absurdo, él subsistía en lo esencial. Para que América tuviera que servirse forzosamente de las industrias y los cultivos que se explotaban en España, se prohibía introducir en las colonias esas industrias y esos cultivos, aunque el clima los favoreciese y hubiera medios sobrados de dedicarse a ellos.

Tales causas de descontento trabajaban secretamente el ánimo de los americanos y generalizaban, entre éstos y los residentes españoles, un sentimiento de rivalidad y prevención que de día en día llegaba a ser más sensible.

Influencias universales vinieron a fomentar el anhelo de libertad que así alboreaba en América. A fines del siglo XVIII Francia había realizado su gran Revolución, proclamando que la soberanía de los pueblos pertenecía a ellos mismos, y no a los reyes; sustituyendo la forma monárquica por la republicana; aboliendo las desigualdades sociales y estableciendo el régimen democrático, o sea la igualdad ante

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

la ley, y afirmando la libertad de todos los hombres para profesar y manifestar públicamente las ideas que a cada uno pareciesen verdaderas y justas. Con alguna anterioridad, las colonias inglesas de Norte América se habían emancipado de su metrópoli, organizándose en una gran república federal y democrática. Estos hechos y estos ejemplos tuvieron gran resonancia en el mundo; y por más que la desconfianza de las autoridades españolas procurase evitar que se difundieran hasta estas apartadas regiones las nuevas ideas de libertad, fué imposible evitar que ellas se insinuasen en la mente de los hombres ilustrados, avivando la aspiración a un destino mejor para los pueblos de América.

Así estaba predispuesto el ambiente, cuando sobrevinieron acontecimientos que habían de acelerar la hora de la Revolución. Fueron esos acontecimientos, en primer término, las invasiones inglesas.

LAS INVASIONES INGLESAS

Enemistada Inglaterra con España, a causa de la alianza que ésta había pactado con Napoleón, determinó aprovechar la oportunidad que ello le ofrecía para satisfacer su ambición de apoderarse de los puertos del Río de la Plata.

Una expedición inglesa, al mando de Sir Home Popham, había partido en 1805 para el África del Sur, con ánimo de adueñarse del Cabo de Buena Esperanza, que hasta entonces era colonia holandesa. Realizada sin mayor dificultad la conquista del Cabo, Popham convirtió el rumbo de sus naves a esta parte de América. Conducían esas naves, además de su tripulación, 1600 soldados de desembarco.

El virrey de estas colonias, D. Rafael de Sobremonte, que calculaba que la plaza inmediatamente amenazada sería la de Montevideo, acumuló en ella todos los elementos de defensa, desguarneciendo a la capital del virreinato. Sabedores de esto los ingleses, se dirigieron derechamente sobre Buenos

Aires. Desembarcaron en sus alrededores el 25 de Junio de 1806, y después de una leve resistencia de la escasa guarnición, se apoderaron de la ciudad, provocando la huida del virrey Sobremonte, que buscó refugio en Córdoba.

CONQUISTA DE BUENOS AIRES

Honda impresión causó en Montevideo la noticia de la toma de Buenos Aires. Un solo pensamiento dominó la voluntad del vecindario: el de acudir en socorro de la vecina ciudad y liberarla de sus usurpadores. Los acaudalados contribuyeron con dinero para aumentar los elementos bélicos de que se disponía; corrió el pueblo a alistarse en las milicias que se organizaban, y el Cabildo, cediendo a la presión popular, urgió al Gobernador Ruiz Huidobro para que acometiese la empresa de la reconquista. A este fin, y teniendo en cuenta la huida del virrey Sobremonte, el Cabildo, por su propia autoridad, declaró a Ruiz Huidobro Jefe Supremo del Virreinato.

Entretanto, habíanse producido en Buenos Aires trabajos de reacción contra los invasores. Dirigía esos trabajos un oficial francés, al servicio de la marina española, hombre de grande ánimo y de noble carácter: Santiago de Liniers. Trasladóse éste a Montevideo para obrar de concierto con Ruiz Huidobro, y convinieron que fuera Liniers quien asumiese el mando de las fuerzas reconquistadoras, permaneciendo el gobernador de Montevideo en esta plaza. El 3 de Julio de 1806 salieron de la ciudad 1400 expedicionarios mandados por Liniers, y tomaron rumbo a la Colonia, adonde llegaron el día 28, encontrando allí la escuadrilla enviada de Montevideo para conducirlos a la otra margen del río. Atravesaron éste el 3 de Agosto, y en la mañana del 4 hicieron tierra en el puerto de las Conchas, cercano a Buenos Aires. Allí se les incorporó un millar de voluntarios, que aumentaron durante la marcha sobre la ciudad, hasta completar una columna de más de 4000 hombres. El 10 de Agosto llevó Liniers el ataque,

El Libro de la América Latina

y, a pesar de una valerosa resistencia, los ingleses viéronse forzados a rendírsele, con armas y banderas, quedando así la capital del virreinato rescatada para el dominio español.

Un complemento interesante de este triunfo fué que el pueblo de Buenos Aires, teniendo noticias de que el inepto virrey Sobremonte volvía de Córdoba con el propósito de reasumir su autoridad, se aglomeró frente al Cabildo, e impuso a esta corporación que declarase suspenso en sus funciones al virrey y le sustituyera por Liniers en el supremo mando militar que a aquél correspondía. Así manifestaba el pueblo querer gobernarse por sí mismo, y empezaba a lograrlo.

La participación importantísima que habían tenido los montevidéanos en la reconquista de Buenos Aires, organizando los primeros elementos de ella y proporcionando a Liniers el núcleo de su ejército, dió lugar a que el rey de España otorgase a Montevideo el título de *Muy fiel y reconquistadora*, autorizándola para añadir a su escudo de armas las banderas inglesas abatidas.

TOMA DE MALDONADO Y MONTEVIDEO POR LOS INGLESES

Expulsados los ingleses de Buenos Aires, no por eso abandonaron el propósito de conquistar el Río de la Plata. Sus nuevas tentativas se dirigieron a esta margen oriental, que la escuadra de Popham mantuvo en bloqueo, dando tiempo a que llegaran del Cabo de Buena Esperanza refuerzos que la habilitasen para intentar la toma de sus puertos.

Cuando se efectuó esta incorporación, en número de unos 1500 hombres, Popham se adelantó con sus naves a atacar a Montevideo, pero, al cabo de tres horas de combate, las baterías de la plaza le obligaron a retroceder, y entonces, modificando su plan, puso sus miras sobre Maldonado. Pasaba esto en Octubre de 1806.

Escasa y débil como era, la guarnición de Maldonado resistió, sin embargo, al desembarco de los ingleses, que, con la superioridad de sus fuerzas,

la sometieron, apoderándose de la ciudad y ocupando, asimismo, la isla de Gorriti, donde también hubo esforzada defensa de la guarnición. La conducta en los vencedores fué desordenada y brutal; Maldonado hubo de soportar por varios días un escandaloso saqueo, hasta que la autoridad de los jefes británicos logró contener los excesos de la soldadesca.

Entretanto, el gobierno inglés aprestaba, con destino al Río de la Plata, expediciones de refuerzo, la primera de las cuales, compuesta de 4500 hombres, al mando de Sir Samuel Auchmuty, arribó a Maldonado en los primeros días de 1807. Con las tropas inglesas que anteriormente había, sumaban un ejército de 5700 soldados, a cuyo frente se puso Auchmuty, dirigiéndose a Montevideo en los cien buques de la escuadra.

Montevideo contaba, para resistir, con 106 piezas de artillería y unos 6000 hombres, entre los 3000 de la guarnición y 3000 que había traído consigo, de la opuesta margen del Plata, el virrey Sobremonte, destituido, como sabemos, por el Cabildo de Buenos Aires, y que aspiraba a recobrar su prestigio en la defensa de esta otra ciudad. Infortunadamente, a él correspondía el mando militar, por la autoridad que aun le reconocían los montevidéanos. El 16 de Octubre los ingleses iniciaron su desembarco en la playa del Buceo, sin que alcanzara a estorbarlos una columna de artillería que destacó hacia ellos Sobremonte. Dos días después, todo el ejército británico se hallaba en tierra y en marcha sobre la ciudad. El atolondrado Virrey, que había pedido nuevos refuerzos a la plaza, los hace derrotar fácilmente por los invasores, y él huye, con numerosa escolta, hasta el Miguelete. Cuando esto se supo en Montevideo, la indignación y el anhelo por ir a rechazar a los intrusos arrebataron los ánimos. Una división de 2300 hombres, mandada por el brigadier D. Bernardo Lecoq, y como segundo por el Mayor Don Francisco Javier de Viana, salió, en la mañana del 20, al paso del invasor. Encontróse con éste en el

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

paraje que denominaban *el Cardal*, y todo el valor desplegado por los nuestros, en vigorosas cargas, no alcanzó a impedir que la escasez de su munición de artillería y los desaciertos del mando militar los precipitaran a un completo desastre, quedando dueños los ingleses de los más inmediatos alrededores de la plaza. En esta nefasta acción de guerra pereció don Francisco Antonio Maciel, el *Padre de los Pobres*, quien realizó así con el heroísmo de su muerte la gloria de su cristiana caridad.

En presencia de lo que ocurría, el gobierno y el gobernador solicitaron auxilios de Buenos Aires. Organizóse en la vecina ciudad una fuerza de 2000 hombres, al mando de Liniers. La vanguardia de ella llegó a Montevideo, pero el resto, con el propio jefe de la expedición, quedó detenido en la Colonia por falta de caballos, hasta que fué menester decidirse a vencer a pie la larga distancia. Hallábase Liniers, con esta parte de su ejército, a la altura de Santa Lucía, cuando la noticia de la toma de Montevideo vino a persuadirle de la inutilidad de avanzar más, y entonces retrocedió hacia Buenos Aires.

La plaza había sucumbido, en efecto, después de una heroica resistencia. Estrechada por los fuegos de la escuadra y de las baterías enemigas, se defendía con imperturbable tesón, cuando una brecha abierta por los sitiadores en la muralla de la parte sur de la ciudad (por donde hoy pasa la calle llamada *de la Brecha* en recordación de este hecho), facilitó, siendo el 3 de Febrero, el asalto y entrada del ejército inglés.

La lucha se prolongó en las calles de la ciudad, con actos de desesperado arrojo por parte de sus defensores: 400 de éstos quedaron muertos, y 300 heridos, aunque mayor tributo de sangre costó el asalto a los ingleses, cuyo número de muertos excedió de 500. Por último, dominada toda la plaza, a excepción de la Ciudadela, donde se hallaba el gobernador Ruiz Huidobro, reconoció éste la imposibilidad de resistir, y se rindió, quedando así Montevideo bajo el pabellón británico.

LA DOMINACIÓN INGLESA EN MONTEVIDEO

Aunque el general inglés, luego de posesionarse de la plaza, quiso asegurar su autoridad con algunas medidas de rigor policial y de prevención de alzamientos, puede decirse que su gobierno fué moderado y decoroso, y se dirigió, en general, más a ganar la buena voluntad del vecindario que a imponerse por el temor.

Como medio de congraciarse los ánimos y prestigiar la dominación británica, fundaron los ingleses un periódico titulado *La Estrella del Sur*, el primero que salió a luz en Montevideo. Estaba escrito en ambos idiomas: inglés y castellano, y propagaba ideas de severa crítica respecto del sistema colonial español, contraponiéndole los beneficios que traería la tutela de la nueva metrópoli.

Mientras así buscaban persuadir a la población en su favor, presentábanle también las ventajas de orden utilitario que le reportaría el cambio de régimen, ofreciendo en venta, por intermedio de la multitud de traficantes y tenderos que habían venido con la expedición de Auchmuty, variados artículos de la industria inglesa.

Todos estos halagos no eran bastantes para aplacar en los montevideanos el espíritu de resistencia a la conquista. Cuando parecía ya segura la tranquilidad, descubrieron las autoridades inglesas los hilos de una vasta conspiración, en la que estaban comprometidas personas de alto rango social en la ciudad. Dos de los agentes de esta proyectada rebelión fueron condenados a muerte, pero se les indultó en el momento en que iba a procederse a la ejecución.

Para extender los conquistadores su dominio al interior del país, enviaron dos divisiones de las tres armas, una, al mando del general Berresford, sobre Canelones y Las Piedras, y otra, a las órdenes del coronel Pack, sobre San José y la Colonia. La primera, hostilizada por grupos de paisanos voluntarios, tuvo que retroceder a Montevideo. La segunda se mantuvo firme en la Colonia, a pesar del ataque con que pretendió

El Libro de la América Latina

rechazarla el coronel Elío (futuro gobernador español de Montevideo), que a ese fin había atravesado el Plata desde Buenos Aires, con fuerzas proporcionadas por Liniers.

RESTABLECIMIENTO DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

Corriendo el mes de Mayo, dos nuevas expediciones inglesas llegaron a Montevideo, con el propósito de extender por la América española las conquistas de las armas británicas. El general Whitelocke, que encabezaba una de esas expediciones, quedó en lugar de Auchmuty, como supremo jefe militar, y dispuso inmediatamente sus fuerzas para emprender la reconquista de Buenos Aires. Pasó, en efecto, a la otra margen del río, con poderoso ejército de 12.000 hombres, y, derrotando a Liniers, llegó a las puertas de la capital del Virreinato; pero emprendido el ataque de la ciudad, ésta opuso tan vigorosa resistencia, que Whitelocke hubo de capitular después de dos días de combate. En la capitulación se pactaba, no sólo el abandono de toda pretensión sobre Buenos Aires, sino también la devolución de Montevideo al dominio español, dentro del término de dos meses.

Dióse cumplimiento a esta última cláusula el 9 de Septiembre. En la mañana de este día evacuaron los ingleses a Montevideo, y a las dos de la tarde el coronel Elío, nombrado, meses antes, gobernador en sustitución de Ruiz Huidobro, tomó posesión de la ciudad, enarbolando en ella nuevamente la bandera española.

RESULTADOS DE LAS INVASIONES INGLESAS

El efecto moral de las invasiones inglesas fué considerable. En primer lugar, contribuyeron poderosamente a entonar el espíritu de los criollos, enorgullecíéndolos con los ejemplos de resolución y de heroísmo que habían dado en defensa de la tierra de su nacimiento. Además, trajeron la ocasión para que estos pueblos ejecutaran actos que significaban ya un verdadero ejercicio de la soberanía popular y del gobierno propio, como la deposición del virrey Sobre-

monte y el nombramiento de su sustituto Liniers por el pueblo de Buenos Aires, y el desconocimiento de la autoridad del primero y la designación, para el mando supremo, de Ruiz Huidobro, por el pueblo de Montevideo. Y finalmente, el contacto con los invasores, aunque pasajero, y la propaganda con que ellos procuraron volver aceptable su tutela, hicieron que se difundiesen ideas políticas y económicas más liberales que las que eran corrientes bajo la dominación española.

Fuera de estas influencias, que deben ser contadas entre los más eficaces precedentes de la Revolución, otro resultado interesante produjeron aquellas invasiones, y fué el de hacer más vivo el sentimiento de rivalidad y emulación que ya existía entre las dos principales ciudades del Plata: Buenos Aires y Montevideo. Como ambas ciudades habían concurrido recíprocamente a auxiliarse y a repeler al enemigo común, cada una pretendía haber tenido mayor parte en el esfuerzo que la otra, y esto vino a aumentar aquel mutuo recelo, excitando, sobre todo en el espíritu de los montevideanos, el amor propio local y la tendencia, que cada vez había de ser más manifiesta, a separarse de la dirección y autoridad de la capital del Virreinato.

SUCESOS DE ESPAÑA

A tiempo que tales sucesos ocurrían en las márgenes del Plata, otros, no menos influyentes sobre el destino de estos pueblos, se desenvolvían en Europa.

Napoleón Bonaparte, que por su genio militar se había levantado a emperador de los franceses y a verdadero árbitro del mundo, aspiraba a hacer de la Europa entera un vasto imperio, desposeyendo a los soberanos de las dinastías reinantes y reemplazándolos con parientes o validos del Emperador universal, que sería él, a quien esos nuevos reyes se sujetarían como vasallos.

Ya había realizado su aspiración en cuanto a Portugal, donde el ejército francés, con la cooperación de los españoles, había depuesto en 1807 al príncipe

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

regente, de la dinastía legítima, pasando el cetro portugués a manos del propio Napoleón, cuando la debilidad de su aliado Carlos IV, rey de España, y los escandalosos desórdenes de la corte española, le brindaron la oportunidad de intentar igual usurpación en este último reino.

Carlos había abdicado en 1808 a favor de su hijo Fernando, que, con el nombre de Fernando VII, fué reconocido y proclamado rey en España y América; pero ocupada España por los ejércitos de Napoleón con pretexto de la alianza contra Portugal, el Emperador negóse a reconocer al nuevo rey; logró atraer a éste y a su antecesor a que conferenciaran con él en Bayona, y allí impuso a Fernando que abdicara, restituyendo la corona a su padre, y a Carlos que la renunciara a su vez, transmitiéndola a Napoleón. Eliminados así los príncipes legítimos, el Emperador hizo proclamar rey de España a su hermano José Bonaparte.

El pueblo español, más digno y activo que aquellos reyes pusilánimes, no se conformó con el inicuo despojo, que le entregaba a merced del extranjero; se alzó en todas partes contra el intruso soberano; hizo a los ejércitos de Napoleón una guerra implacable y heroica, y, mientras no se reintegrara en el trono a su legítimo monarca Fernando, estableció en cada provincia una Junta de Gobierno, instituyéndose luego, con los diputados de estas corporaciones, la *Junta Suprema de Gobierno de España e Indias*, que se radicó sucesivamente en Aranjuez, en Sevilla y en Cádiz.

Tal era el estado de las cosas al correr el año 1808. La profunda perturbación interna por que pasaba la metrópoli planteaba para las colonias americanas fundamentales problemas de conducta. Siempre fué principio indiscutido, en el derecho colonial, que las tierras de América eran, no propiedad de España, tomada ésta como Estado o Nación, sino patrimonio del monarca que reinaba en España como heredero de los Reyes Católicos. Depuesto ahora este monarca en la persona de Fernando VII,

¿qué les tocaba hacer a las colonias? ¿Aceptar la soberanía del rey advenedizo impuesto por Napoleón? ¿Reconocer la autoridad de la *Junta Suprema*, que se denominaba de *España y de Indias*? ¿Desconocer, a un mismo tiempo, aquella soberanía y esta autoridad?

De la respuesta que había de darse con los hechos a las preguntas que hemos formulado, recibió su impulso inicial la Revolución de la Independencia americana.

LINIERS Y ELÍO

El conocimiento de los sucesos que se desenvolvían en la Península determinaba en las colonias la natural inquietud y expectativa.

Liniers, confirmado en Mayo de 1808, por Carlos IV, en la dignidad de Virrey, que le había anticipado la elección del pueblo, empezó a despertar, como francés, el recelo de los españoles de Buenos Aires, desde que se supo que el emperador de los franceses intervenía, con miras ambiciosas, en los asuntos de España. Participaba de esta desconfianza hacia Liniers, el gobernador de Montevideo, Don Francisco Javier de Elío, tanto más cuanto que la gloria y la prosperidad conquistadas por el primero con su lucida conducta en la resistencia a las invasiones británicas, mortificaban el ánimo envidioso del gobernador. Suscitóse así, entre ambos personajes, una enemistad que trascendió a las relaciones entre las ciudades donde respectivamente gobernaban, ya predisuestas, como queda dicho, por un sentimiento de recíproca emulación.

El prestigio de Liniers tenía principalmente por base la simpatía y adhesión de los criollos de Buenos Aires, aunque el desenvolvimiento posterior de los sucesos condujo al héroe de la Reconquista a sostener con las armas la autoridad de la metrópoli, y a morir sacrificado por los fundadores de la libertad americana.

ENVIADOS DE NAPOLEÓN Y LA JUNTA DE SEVILLA—DESTITUCIÓN DE ELÍO POR LINIERS

Tanto Napoleón como la Junta de

El Libro de la América Latina

Sevilla, comprendieron la necesidad de enviar a América comisionados que bajasen por el reconocimiento de la autoridad que cada uno de ellos pretendía.

Napoleón envió al Río de la Plata al marqués de Sassenay, que llegó a Montevideo, de paso para Buenos Aires, el 10 de Agosto de 1808, en circunstancias en que se levantaban los tablados donde, dos días después, había de prestarse público juramento de fidelidad a Fernando VII. Sassenay ocultó a Elío el objeto de su llegada, y siguió para la capital del Virreinato, en la que fué recibida su presencia con desagrado y alarma de los españoles. Liniers, aunque íntimamente simpatizase con la misión de su compatriota, no se resolvió a atenderla. Antes por el contrario, cediendo a la presión de la Audiencia y del Cabildo, a los que tomó parecer, ordenó a Sassenay que se embarcase inmediatamente para Europa, y publicó un manifiesto destinado a disipar las desconfianzas que aun pudieran subsistir; pero el tono de este manifiesto, reflejando el verdadero estado de ánimo del virrey, fué indeciso y vago, y, en consecuencia, más propio para fomentar las sospechas que para aplacarlas.

De vuelta Sassenay en Montevideo, donde debía tomar la embarcación que le llevase a Europa, el gobernador Elío se apoderó de él y lo encarceló, actitud que importaba ya resuelta desobediencia para con Liniers, a quien dirigió, al mismo tiempo, una violenta comunicación, en que le echaba en cara la vaguedad de los términos de su manifiesto y le invitaba a renunciar el mando.

Contribuyó a decidir a Elío a esos extremos el hecho de que el mismo día del arribo de Sassenay, 19 de Agosto, había desembarcado en Montevideo el brigadier don José Manuel Goyeneche, enviado por la Junta de Sevilla para inducir a estas colonias a reconocer su autoridad. Goyeneche alentó la confianza en el triunfo de España sobre los franceses; manifestó que debían formarse, en los pueblos del Virreinato,

Juntas de Gobierno, como las fundadas en la Península, y expuso su intención de exigir a Liniers que abandonase un puesto para el que le inhabilitaba su condición de francés.

La nota conminatoria de Elío a Liniers y su proceder con Sassenay, eran actos de insubordinación que el virrey no podía resolver de otro modo que con la destitución del gobernador. Destituyóle, en efecto, nombrando en su reemplazo al capitán de navío don Juan Ángel Michelena, que el 20 de Septiembre llegó de Buenos Aires con miras de que se le diese posesión de su puesto.

EL CABILDO ABIERTO Y LA JUNTA DE GOBIERNO DE 1808

Desde los primeros antecedentes de estas discordias, la población de Montevideo tomó resueltamente el partido de Elío: los españoles, por desconfianza de la fidelidad de Liniers; los criollos, por espíritu local y resistencia a la autoridad de Buenos Aires. No bien había desembarcado Michelena, el descontento público asumió formas tumultuosas, aglomerándose la multitud frente al Cabildo, donde el nuevo gobernador presentaba el oficio de su nombramiento, y desatándose en vítores a Elío y en mueras a Buenos Aires y a Liniers. Además, pedía la multitud *cabildo abierto*, para que el pueblo deliberase sobre la situación. El Cabildo accedió de inmediato a este deseo popular, y fijó para el día siguiente la realización de aquel acto, en tanto que Michelena, escapando de la persecución de la muchedumbre, se refugiaba en casa de un amigo, de donde no tardó en salir furtivamente, para volver a Buenos Aires.

Celebróse el cabildo abierto, el 21 de Septiembre a las 10 de la mañana. En esta memorable reunión, el pueblo de Montevideo, representado, además de los cabildantes ordinarios, por un grupo conspicuo de vecinos, que designó, por aclamación, la muchedumbre congregada a las puertas de la casa capitular, resolvió que se apelase de la destitución de Elío ante la Audiencia de Buenos

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

Aires y, si fuera necesario, ante la Junta de Sevilla; que entretanto, permaneciera Elío de gobernador, y que se constituyera en Montevideo una *Junta de Gobierno*, como las organizadas en España. Debía esta junta componerse de todas las personas que participaban en aquel cabildo abierto, y su presidencia sería desempeñada por el gobernador.

La significación de tales determinaciones es importantísima, si se considera su carácter de actos de gobierno propio, en que la voluntad popular sustituía a las formas legales del régimen colonial, manteniendo al funcionario querido por el pueblo y creando una entidad gubernativa que importaba, de hecho, la emancipación respecto de la autoridad del virrey. Ciertamente es que la actitud de los montevidéanos reconocía, como objeto final, asegurar para la metrópoli y para el monarca la dominación de estas colonias, pero el procedimiento era, en sí mismo, una manifestación de autonomía, que dejaba señalado el ejemplo de donde había de nacer, dos años más tarde, el primer paso de la Revolución americana.

SOLUCIÓN DE ESTAS AGITACIONES— LLEGADA DEL VIRREY CISNEROS

Estos sucesos no quedaron sin repercusión en Buenos Aires. Los españoles que formaban allí el partido hostil a Liniers, al saber lo acaecido en Montevideo, se alzaron, acaudillados por don Martín de Álzaga, exigiendo la deposición del virrey, la convocatoria a cabildo abierto y la organización de

una Junta. Valiéndose Liniers de la fidelidad del cuerpo de «Patricios», compuesto de jóvenes criollos, pudo reprimir el alzamiento. Pero Álzaga y sus principales partidarios, acogidos en Montevideo por Elío, hicieron, de concierto con éste, todo género de esfuerzos para persuadir a la Junta de Sevilla de la deslealtad que atribuían a Liniers, y al cabo consiguieron su objeto. Liniers fué separado, y acató lealmente esta resolución; y en su reemplazo llegó al Río de la Plata, como virrey, en Julio de 1809, el brigadier Don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

La Junta de Gobierno formada en Montevideo quedó disuelta, por acuerdo de la de Sevilla, simultáneamente con la separación de Liniers; y obedeciendo a órdenes del mismo origen, dejó el gobierno de esta margen del Plata el coronel Elío, a quien los montevidéanos confiaron, para ante la suprema autoridad española, una misión en que revelaban sus crecientes anhelos de autonomía: aspiraban a que se hiciese de Montevideo una intendencia y capitania general ajena a la jurisdicción del intendente de Buenos Aires, aunque comprendida en la unidad política del Virreinato.

Así se resolvieron momentáneamente las agitaciones provocadas por el conocimiento de la anómala situación de España, para renacer muy luego, y con carácter y resultados de mucha más alta trascendencia.

